

Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.

BATALLA

—DE LA—

Estancia de las Vacas.

1859.





## ✻ Batalla de la Estancia de las Vacas. ✻

NOVIEMBRE 13 DE 1859.



**CU**ANDO convencido Miramón de la imposibilidad en que se hallaba de tomar á Veracruz, desistió de su empeño retirándose al interior, en Abril de 1859; á petición del General D. Juan José de la Garza, el Gobierno me mandó á Tampico con el fin ostensible de encargarme de la artillería.

Al llegar á mi destino pasé una revista al personal y al material del arma. El primero se componía de dos baterías, con el título de División de Artillería Guardia Nacional de Tamaulipas. Tanto los Oficiales como la tropa, no tenían más conocimientos que los muy necesarios para cargar y disparar un cañón. En cuanto al material, se hallaba en el más lamentable abandono. Pocos eran los cañones que estaban montados, y las cureñas y juegos de armas, notablemente deteriorados. El parque general se hallaba en tan gran desorden, que no era posible clasificarlo ni enumerar sus distintos componentes, sino á costa de tiempo y mucho trabajo.

Como á consecuencia de la guerra civil, la plaza podía ser atacada inopinadamente, y también por la complica-

ción de las relaciones exteriores no era difícil prever una guerra extranjera, me pareció de la mayor importancia trabajar en poner en estado de servicio todos los elementos que había en la ciudad. Además, así me lo exigían mi deber y razones de orden y economía.

Ocurrió, pues, al General Garza, manifestándole el mal estado que guardaba el material, y la necesidad que había de repararlo. Me contestó que la escasez de dinero impedía pensar por entonces en hacer otros gastos que no fueran los de puras reparaciones y mantención de la tropa.

Lo único que pude conseguir fué que mandase dar *trescientos pesos* que recibió del Maestro mayor D. Lugo Larios, para hacer un tinglado, con objeto de cubrir las cureñas que á la intemperie se hallaban en el corral de la casa que servía de maestranza.

Después solicité que nombrara un Oficial inteligente que sirviera de guarda-parque, para que me ayudase á clasificar y enumerar la artillería, armamento, proyectiles, municiones etc. etc.; á poner todo en orden, haciendo los respectivos inventarios, y que quedase encargado del parque.

Nombrado el Oficial, solamente ocurrió dos días al trabajo, porque el General lo había destinado á su Secretaría.

Convencido de que no se comprendía la importancia de ordenar lo que al ramo que estaba á mi cargo correspondía, dejé de gestionar, proponiéndome, no obstante, mejorar las cosas que estuvieren á mi alcance.

En consecuencia, establecí academias para los Oficiales, que daba personalmente todos los días, y ordené ejercicios.

Con el objeto de familiarizar á los Oficiales con los alcances de las distintas piezas que había montadas, establecí un blanco en el llano del Espartal; y desde el Fuerte Iturbide se tiraba á diferentes distancias dos veces á la semana.

También hice que los Oficiales se instruyeran práctica-

mente en algunas maniobras de fuerza, para que las enseñasen en seguida á la tropa.

Estos fueron los únicos servicios que por entonces pude prestar al Estado de Tamaulipas, al cual pertenecía la guarnición de Tampico.

Por lo demás, vivía contento en una sociedad ilustrada y amable, cuya franqueza y hospitalidad son proverbiales.

No obstante, la paciencia y resignación de los que allí servíamos fueron puestas á prueba. La escasez de recursos era tal, que había meses en que yo, que era Comandante, recibía quince pesos, y esto en un país relativamente caro, donde sólo el hotel costaba doce reales diarios.

Cuando esto pasaba, murmuraban los Oficiales en voz baja, que á ciertos individuos no solamente se les pagaba íntegro, sino que gozaban dos ó más sueldos. Por desgracia en nuestro país se vé con frecuencia esta clase de favoritismo.

Para poder vivir sin trampas, nos reunimos cinco amigos, y tomamos una casita que nos costaba dieciséis pesos al mes. Nos abonamos á la fonda por dos almuerzos y dos comidas con vino, por lo que pagábamos cincuenta pesos. Comíamos los cinco, y alcanzaba para mi asistente que iba por la comida.

En medio de aquella penuria, nos solazábamos con las continuas diversiones que había en la ciudad. Nos sostenía aún la juventud, y también la esperanza en la pronta y favorable conclusión de la guerra.

A no ser por cuidados de familia que me agoviaban, yo hubiera vivido muy contento.

Una tarde del mes de Octubre, cuando me disponía á salir, recibí un oficio del General Garza. Me transcribía en él una comunicación de Don Santos Degollado, en la que le prevenía que á la mayor brevedad me pusiera en camino para el Cuartel General de San Luis Potosí. De consiguiente, se me ordenaba que ocurriese por una paga de marcha y el pasaporte, pues al día siguiente de-

bería embarcarme á bordo del vapor Coy que salía para Tancasneque.

Un rayo fué para mí la inesperada orden, porque había tomado gran cariño á la población. Pero no había más remedio que cumplir, arreglando mi marcha, como lo verifiqué. El Teniente Coronel de Caballería, Capitán de Artillería Don José Hoffman, de origen húngaro, y que servía en el arma hacía algunos años, se hallaba en Tampico, y solicitó marchar á mis órdenes.

Al día siguiente, muy de mañana, nos embarcamos en el Coy, que estaba atracado al muelle. Allí nos despedimos de nuestros amigos y de algunas familias que nos saludaban con sus pañuelos, desde los balcones y miradores de las casas. Entre ellas se distinguía por sus demostraciones de sentimiento, la de D. Manuel Velasco, cuya casa estuvo siempre abierta para los emigrados que llegaban á Tampico. Tan afectuosa despedida me impresionó profundamente. Los pañuelos no dejaron de agitarse hasta que el vapor se perdió de vista; y yo conservo viva la memoria de tan conmovedora escena, que creo no olvidaré nunca.

Después de dos días de navegación en el pintoresco Río Tamesí llegamos á Tancasneque, alojándonos en la hacienda que pertenecía á D. Salvador Darqui.

Provistos de caballos, seguimos nuestra marcha hacia el interior.

En el Chamal me atacó la calentura, y no me abandonó hasta Tula. Cuando salí de esta población me creía curado, pero al día siguiente, desde que me puse en camino, se declaró con mayor fuerza la enfermedad, que no me dejó un momento hasta llegar á San Luis Potosí.

Mucho sufrí en aquellos seis días sobre el caballo. Además de Hoffman, que me prodigaba los cuidados que podía, me acompañaba un Oficial con cuatro lanceros que se me incorporaron en Tula.

A los sufrimientos consiguientes á la enfermedad, se añadía la inquietud natural, de la posibilidad de caer en poder de los enemigos, pues caminábamos por la falda de la sierra que ellos ocupaban.

Al sexto día en la tarde llegamos á San Luis. En el acto me presenté á D. Santos Degollado, que me recibió con la benevolencia que siempre había usado conmigo.

Me mandó alojado á una casa particular que tenían varios Jefes del ejército, entre otros el General D. Ignacio Echegaray. Allí ocurrió á curarme, sin querer recibir retribución ninguna, mi amigo el Dr. Torices. Las medicinas que me propinó retiraron la calentura, y á los pocos días salimos rumbo á Guanajuato.

Llevaba á mis órdenes cuatro Oficiales de Artillería que se pasaron del enemigo, y eran Bonilla, Rosales Páez, Octavio Rosado y Avila.

En el valle de San Francisco nos alcanzó D. Santos Degollado, y tuvo un ataque en que permaneció privado de sentido algunos minutos. Rosado y yo, únicos presentes á la sazón, le prestamos los auxilios que nos fué posible.

En la tarde continuamos la marcha hasta Rincón de Ortega.

Don Santos caminaba sin escolta, sólo con sus ayudantes. Hubiera sido cosa fácil que una guerrilla levantada inopinadamente, como sucede en las guerras civiles, se hubiera apoderado de su persona.

Al manifestarle lo que se exponía, contestó que su vida importaba bien poco, y que si la perdía, no faltarían otros que siguieran la revolución.

La calentura que se me retiró en San Luis, me volvió en San Francisco.

De Rincón de Ortega salimos para Guanajuato, camino de la Sierra. Como era preciso marchar á pié, estirando del caballo, yo sufría los mayores tormentos, porque mi cuerpo estaba enteramente adolorido.

Llegamos á Guanajuato después de medio día. Don Manuel Doblado salió á recibir á Don Santos, que entró á la ciudad en medio de repiques, cohetes y otras demostraciones de regocijo.

Al día siguiente me repitió la calentura, declarándose terciana, por cuya causa permanecí en cama en el hotel.

Aproximándonos al enemigo y no comunicándome el General en Jefe sus planes, que como Comandante de Artillería debía de saber; con objeto de no perder tiempo, desde mi cama dirigí al General una comunicación de carácter privado, que contenía algunas reflexiones generales sobre las batallas, única cosa que me era dable hacer, tratándose de un hombre que solamente el entusiasmo por la causa que defendía había lanzado á los combates, pero que no tenía otras ideas de la guerra, que aquellas que puede decirse que son del dominio del público.

No sé lo que el General pensaría de mi escrito; pero lo cierto fué que ni me contestó, ni promovió conversación sobre el particular.

Los Generales Degollado y Doblado marcharon á ponerse á la cabeza de las tropas reunidas en Celaya. Yo recibí orden de seguir al día siguiente para incorporarme al Cuartel General, con los Oficiales que quedaban en Guanajuato.

Llegamos á Celaya en el momento que desfilaban las tropas delante del General Doblado, para dirigirse á Apaseo.

Cuando me presenté al General, me fijó mucho la atención, y no pudo menos de exclamar: ¿qué le ha sucedido á vd. que lo veo tan cambiado? En un mes que ha transcurrido desde que ví á vd. en Tampico, han pasado diez años por vd.

Señor, le dije, los fríos me han puesto como vd. me vé.

Está bien, me contestó, pase vd. á esta casa, que le pongan su cama, que lo vea el médico; y si mañana ama-nece repuesto, se me incorporará en Apaseo. Que se quede Hoffman para que lo acompañe.

Dí las gracias al General, aceptando lo que me proponía, porque tenía gran necesidad de descanso.

A poco llegó el médico, que creo que era el Dr. Linares. Después de reconocermé é informarse prolijamente de la historia de mi enfermedad, me recetó, prescribiéndome que debía guardar cama.

Le contesté que llegaba desde Tamaulipas al llamado

del General en Jefe, y no me parecía prudente guardar cama, cuando de un momento á otro se libraría una batalla.

A esto replicó el doctor, que si no me ponía en cura formal, era excusado que me recetara.

Le supliqué, no obstante, que lo hiciera, que en el camino procuraría seguir sus prescripciones, hasta donde me fuera posible.

Entonces recetó para darme gusto; pero manifestando la opinión de que la curación sobre la marcha no produciría resultado alguno.

Hablando de los acontecimientos, me refirió que aquel día D. Santos Degollado había tenido una conferencia con Miramón; pero que no arreglándose nada en ella, comenzarían desde luego las operaciones. También refirió que al sacudirse el caballo del Comandante D. Benito Rújula, saltó una pistola de su funda, chocó en el suelo, y disparándose, hirió gravemente en la pierna al General D. José Justo Alvarez, al cual conducían en camilla á la ciudad.

Ido el médico, conseguí dormir; y un sueño reparador me dió las fuerzas que necesitaba.

Al día siguiente, que era doce de Noviembre, montamos á caballo Hoffman y yo, dejando nuestros modestos equipajes en Celaya, con los del General en Jefe y del Estado Mayor.

Nos seguía mi mozo, que llevaba las medicinas y un grande acopio de provisiones con que Hoffman, hombre previsor, había cargado su caballo.

Al llegar á Apaseo me presenté al General Doblado, y éste, á su vez, mandó que se me presentara la Oficialidad de Artillería.

Sin lugar para otra cosa, tuve que conformarme con hacer algunas recomendaciones en términos generales, relativos al servicio del arma, á aquellos Oficiales, á quienes no conocía, ni podía por lo tanto apreciar sus aptitudes respectivas.

En el día anterior, la Orden General había organizado

aquellas tropas que se acababan de reunir, en un *Cuerpo de Ejército*, de la manera siguiente:

PERSONAL DEL CUERPO DE EJERCITO.

*General en Jefe,*  
General Manuel Doblado.

*Cuartel Maestro,*  
General Santiago Tapia.

*Aposentador General,*  
Teniente Coronel Juan Becerril.

*Proveedor General,*  
Comandante de Escuadrón, Juan Vega.

*Comandante General de Artillería,*  
Teniente Coronel Manuel Balbontín.

*Médico en Jefe,*  
Comandante Tomás José Maya.

BRIGADAS Y SECCIONES.

*Brigada Ligera de Caballería,*  
General Emilio Lamberg.

*Mayor de Ordenes,*  
Comandante de Escuadrón Jesús Díaz de León.

*Primera Sección.*  
Coronel N. Vargas.  
2º Cuerpo de Michoacán.  
1º y 2º Escuadrón de Zacatecas.

*Segunda Sección.*

Coronel Vicente Vega.  
Sierra Gorda.  
Lanceros del Bajío.  
1er. Escuadrón del Regimiento de Guanajuato.  
Escuadrón de San Felipe.  
Sección Bajén.  
Compañía García.

BRIGADA DE RIFLEROS.

*Primera Sección.*

Coronel Julián Quiroga.  
Mayor, Comandante José María Zúñiga.  
Primer Regimiento de Nuevo León.  
" " de Tamaulipas.

*Segunda Sección.*

Coronel Juan N. Seguín.  
Regimiento de Monclova.  
2º Regimiento de Nuevo León.

BRIGADA DEL CENTRO.

General Miguel Blanco.  
2º General José J. Alvarez.  
Mayor de Ordenes Coronel Enrique Ampudia.  
Primer Batallón Ligero de Guanajuato.  
" " " de Aguascalientes.  
" " " de San Luis.  
Segundo " " "  
Una Batería de Nuevo León.  
Ocho Piezas de Batalla del Centro.

BRIGADA DE RESERVA.

Coronel José M. Sánchez Román.  
Mayor Comandante Guadalupe Medina.  
Batallón Ligero de Zacatecas.  
Batallón Mixto.  
Batallón Guzmán.  
Una Batería de Montaña.

SEGUNDA BRIGADA DE RESERVA.

General José María Arteaga.  
Mayor Comandante José María Delgado.  
Dos Batallones de Michoacán.  
Tiradores del Bravo.  
Una Batería de Montaña.

Celaya, Noviembre 11 de 1859.

Miramón, que había llegado á Querétaro, trataba de ganar tiempo, con el objeto de dar lugar á que se le incorporase la artillería gruesa que con dobles tiros de mulas y forzando las jornadas, le enviaban de México.

Esta fué la verdadera causa de la entrevista que tuvo con D. Santos Degollado, y que rompió, tan luego como había conseguido el objeto que se propuso.

Concluidas las pláticas, las tropas liberales comenzaron desde luego sus operaciones.

Yo, que había logrado improvisar una cama sobre de una mesa, me prometía lleno de gusto, descansar algo en aquella noche que estaba por demás destemplada. Mas apenas acababa de acostarme, cuando un Ayudante vino á llamarme de parte del General Doblado.

Me levanté con mucha pena y me dirigí al alojamiento del General.

Me ordenó que en el momento se dispusiera la Artillería para marchar.

Todo dispuesto, *El Cuerpo de Ejército* salió de Apaseo hacia las once de la noche.

Como acontece en las marchas nocturnas, la de la tropa era lenta y difícil, tanto más cuanto que corría un viento helado del Nordeste, sumamente molesto, y la obscuridad era profunda.

Lo que yo sufría era mucho, porque además del malestar consiguiente á tantos días de enfermedad, se agregaba un síntoma nuevo molestísimo, que era una basca constante, con contracciones dolorosas del estómago, y vómitos amargos como la hiel. Aquella noche me parecía eterna, y el cuadro que me rodeaba, de lo más fantástico.

A la madrugada, las tropas de vanguardia comenzaron á batirse con los puestos avanzados de Miramón, los que cedían el campo á proporción que avanzaba la columna.

Al amanecer se hizo alto en un lugar llamado "Estancia de las Vacas," á la vista de la Ciudad de Querétaro.

Aquel lugar se halla precisamente situado donde termina la serie de lomas que baja desde Apaseo, y se une al llano que va desde allí á Querétaro.

El camino que había llevado la columna va entre dos cercas de piedra suelta que encierran campos llenos de peñascos; y en la falda de la loma, en su unión con el llano, existe un bosque bajo, casi impenetrable, formado con *órganos*, nopales y huizaches.

El General Doblado me ordenó que reconociera el campo de batalla y le diera mi opinión. Le dije que no podía formar juicio exacto por lo que veía, que deseaba que algún conocedor del terreno me acompañase para hacer un reconocimiento.

Entonces dijo al Lic. D. Agustín Siliceo, que lo acompañaba como Ayudante de Campo, que fuese conmigo.

Poco tuvimos que andar, porque desde luego me convencí que aquel sitio no podía servir para el objeto que se quería.

Además de los inconvenientes ya dichos, había la circunstancia de estar sembrados los campos del frente de la posición, con milpas que ocultarían muy bien á los que

atacaran; así como el camino que venía casi perpendicular al centro, con fosos y árboles copudos á los lados.

Formado mi juicio, se lo comuniqué al General Doblado; pero él, extendiendo el brazo, me dijo: pues ya no es posible escoger otro campo; vea vd. el polvo que levantan las columnas del enemigo, que se aproximan.

En ese caso, le dije con viveza, es indispensable desplegar violentamente la columna que se halla encajonada en el camino, abriendo en el acto brechas en las cercas de piedra; porque si el enemigo lograra establecer sus baterías, sorprendiéndonos en este estado, le bastaría muy poco tiempo para derrotarnos, sin combatir.

Convencido el General de la verdad de mis observaciones, ordenó que sin dilación se derribasen algunos tramos de la cerca, para que penetrando por ellos las tropas, se extendiesen á derecha é izquierda.

En aquel momento no podía ser más crítica la posición de los liberales. Las columnas enemigas salidas de Querétaro avanzaban rápidamente.

No era posible retroceder; tenía que aceptarse la batalla en aquella mala posición; pero si la larga columna encajonada, no lograba desplegar antes que el enemigo comenzase su ataque, estaba inevitablemente perdida.

Por fortuna, cuando Miramón disparó el primer cañonazo, ya había pasado la crisis. La posición se ocupó del modo siguiente:

Al pie de la loma, sobre el camino, formando el centro se situó la primera sección de rifles al mando del Coronel Quiroga, con dos cañones de á 8.

A la izquierda tomó posición la segunda brigada de reserva, á las órdenes del General Arteaga, con una batería de obuses de á 12<sup>o</sup>. de montaña.

Con un considerable intervalo, delante de la Hacienda del Castillo, y formando la extrema izquierda, formó la segunda sección de la brigada de rifles, que mandaba el Coronel Seguín.

El defecto principal de esta disposición consistía en que las tropas apenas se veían unas á otras y difícilmen-

te podrían socorrerse, en atención á las dificultades que oponía el terreno.

La brigada del General Arteaga se encontraba imposibilitada para maniobrar á retaguardia, á causa del bosque bajo, casi impenetrable, que tenía á la espalda.

Detrás del bosque, y aproximadamente paralelo á la línea de batalla, pasa el camino de travesía que va desde la carretera de la Hacienda del Castillo, encerrado también por dos cercas de piedra suelta.

Al otro lado de estas cercas tomó posición la caballería que mandaba el General Lamberg, en un campo pedregoso.

Sobre la loma, á la derecha del camino real y de la línea, se situó trabajosamente la batería que mandaba el Capitán de Artillería de Nuevo León, Juan E. Guerra.

Un poco á retaguardia se formó una segunda línea de infantería con el resto de las tropas.

En aquella línea se veían los batallones, con gran parte de la gente sin armas, y muy poca con vestuario.

En la extrema derecha, también sobre la loma, tomó posición la caballería que mandaba el Coronel Vicente Vega.

Por último, á retaguardia del centro, sobre el camino, se estableció el parque general.

Miramón desplegó su línea á buena distancia, y situando sus baterías, que se componían de cañones de á 12 y obuses de 16<sup>o</sup>. comenzó el fuego de bala rasa y de granada.

Como el campo de los liberales estaba establecido en un terreno peñascoso, los proyectiles que chocaban en los peñascos aumentaban su efecto con la multitud de piedras que desprendían de ellos.

Al mismo tiempo que la batería del Capitán Guerra batía con mucho acierto una ala de caballería que Miramón había colocado á su izquierda, la sección de rifles del Coronel Quiroga avanzaba por los sembrados.

Esta fuerza marchaba por las milpas, haciendo muy buen uso de sus rifles; pero al abordar la línea enemiga fué recibida con una carga á la bayoneta. Como los